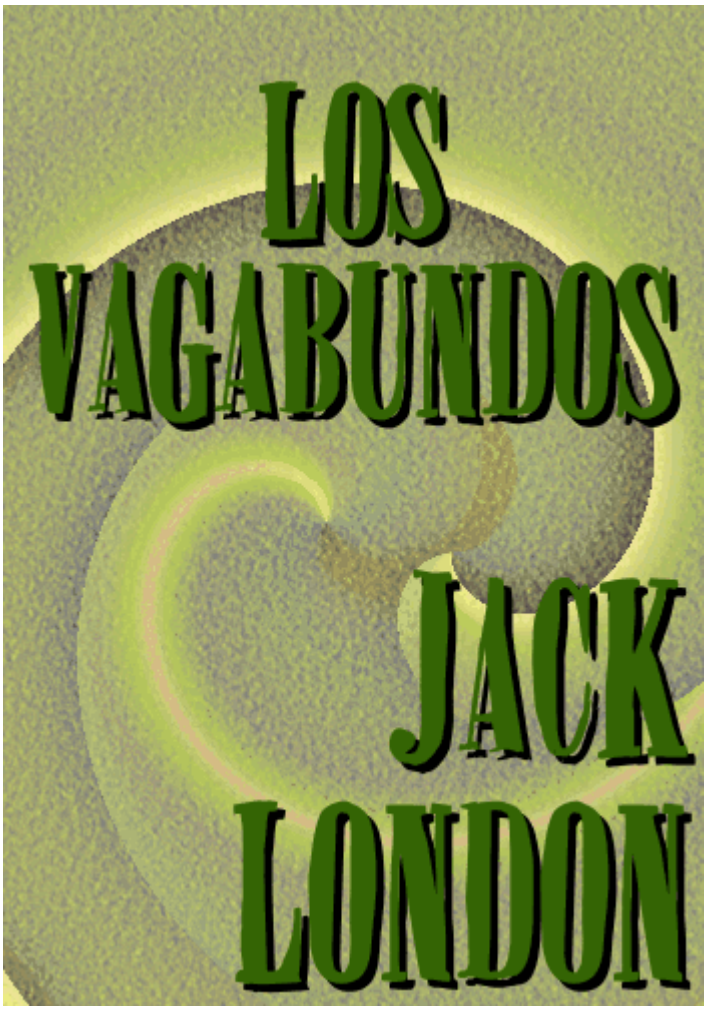
LIBRO dot.com

LOS VAGABUNDOS

JACK LONDON



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

La hoguera ardía jubiIosa en el campamento de la selva, y a su amor dormitaba un engendro monstruoso con apariencia de hombre, Era un vagabundo del bosque, que había asentado sus reales en la cinta de árboles interpuestos entre el terraplén del ferrocarril y la ribera del río. Pero el pordiosero aparecía tan desastrado y vencido, tan hondamente anegado en los bajos fondos del abismo social, que cualquier vagabundo hubiera tenido a menos compartir su hoguera y su trato. Únicamente algún que otro gay-cal, como se llama a los advenedizos en la jerga del arroyo, se habría sentado a su vera, si bien tan sólo el tiempo necesario para conocerle y abandonarle, Hasta los más viles haraganes, los pícaros y vagos de oficio, huirían de su trato. Cualquier mendigo, cualquier mozalbete degenerado de los barrios del hampa y miseria, los mismos rateros sin moral ni vergüenza, se considerarían inmensamente superiores a semejante engendro de la degradación humana.

Podemos definirle diciendo que era un híbrido de andariego y pícaro, degenerado en vago de oficio, perdiendo de tal manera la estimación propia y el dominio de sí mismo, que jamás sentí ria de nuevo el hervor de la dignidad, Sin el orgullo y altives que hacen dignos a los hombres, no se desmerecía en arrebañar el sustento del cubo de la basura, Tendría unos sesenta años de edad. Cualquier trapero hubiera abandonado los harapos que constituían la indumentaria envilecedora del rufián. A su lado ostentábase un bulto, consistente en los últimos jirones de un gabán, cuyas entrañas contenían una lata vacía de conserva ennegrecida a trozos por manchas de humo, un bote abollado de leche condensada, unas tripas pringosas parcialmente envueltas con papel de estraza, birladas sin duda de alguna carnicería, una zanahoria, que había recogido al azar, acaso al cruzarse con un carro de legumbres, tres patatas bulbosas y macilentas y un gazapo en dulce, mordisqueado y pocho, que a juzgar por algunos pegajos de basura adheridos, había sido recogido de la cloaca.

Salpicaban como un erizo de pelos aquella faz deforme las prodigiosas patillas, de un gris sucio y feo, que si no estuviésemos en el verano habrían sido blancas, porque las lluvias invernales las hubieran piadosamente rociado. Y en la hilacha de pelos se adivinaba una faz roja de color granada, La nariz deforme y bulbosa mostraba una de las ventanas leve como un guisante, abriéndose hacia abajo, mientras que la otra, amplia

como un huevo de pájaro, se arremangaba hacia el cielo. Un ojo castaño, turbio, de tamaño normal, quería reventar de las órbitas y perpetuamente goteaba copioso humor salino; el otro, en cambio, breve y vivaz como si fuese de ardilla, miraba al sesgo la costura de pelos que bordeaba los arcos superciliares, rotos y machucados, Por ultimo, el desarrapado era manco.

No obstante, parecía sentirse alegre. Cuando con su única mano se rascaba las costillas, aureolábale el rostro cierto placer sensual y aletargador. Rebuscó entre los desperdicios que constituían su comida, y no sin gran fatiga sacó del bolsillo del gabán una botella de vidrio. Llenaba este recipiente cierto líquido incoloro, cuya sola contemplación puso en el ojillo menudito y vivaz una chispa de picaresca solicitud. Asió luego la lata de conserva, levantándose, descendió por el sendero estrecho hacia la margen del río, y regresó, en fin, con la lata rebosante de agua, ni muy transparente ni muy limpia. Después mezcló en el bote de leche condensada una parte de agua con dos del fluido incoloro de la botella. Así formó aquella droga alcohólica que entre los vagabundos es conocida con el nombre de alki.

Unas pisadas lentas que llegaban por el lado del terraplén le alarmaron antes de que comenzara a beber. Depositó la lata con gran tiento y cuidado en el suelo, entre las piernas, la cubrió con el sombrero y aguardó ansiosamente a que el peligro anunciado se presentase.

De entre las tinieblas surgió el fantasma de otro vagabundo, tan sucio y desarrapado como él. El advenedizo, que aparentaba tener unos sesenta años, siquiera no llegase a los cincuenta, era tan gordo e hinchado que parecía un manojo de ampollas. La nariz gorda y bulbosa tendría el tamaño de un nabo; los ojos redondos y saltones aparecían aureolados por unos sobrepárpados grasos y esféricos, De vez en cuando por los numerosos rotos del vestido se precipitaban ampollas de carne fofa, Las pantorrillas arrancaban de los pies, oprimidas por unas polainas. De uno de los hombros le colgaba un muñón oscilante, cubierto de roña y barro seco, Avanzaba con sigilosa precaución, hasta que, advirtiendo la inofensiva condición del hombre que al fuego se calentaba, acercóse a su lado,

-¡Hola, abuelo! -saludó el recién venido, deteniéndose a contemplar la nariz arremangada y hueca del otro-, ¡Digo! ¡Si es «el Patillas»! ¿Cómo te las compones para

guardar las narices del relente?

El «Patillas» hizo hervir una incoherencia ronca en la garganta, y escupió al fuego en prueba de que no le agradaba la pregunta.

-¡Por el amor de Satanás! Si te pesca una lluvia sin paraguas, te ahogas por ese agujero -rió «el Gordo»,

-Puede ser, «Gordo», puede ser -musitó con pena y desgana «el Patillas»-. No es nuevo para mi ese modo de hablar, Hasta los memos me dirigen los mismos piropos,

-Pero aún, por lo que veo, te queda qué beber -dijo, ya más dulce, «el Gordo», desatando torpemente los lazos de un lío que llevaba al hombro, de donde extrajo a la luz otra botella de alki.

Nuevos pasos que sonaron por el lado del terraplén le alarmaron de tal suerte que, depositando la botella en el suelo, entre las piernas, procedió también a cubrirla con el sombrero.

El nuevo advenedizo no sólo era de la misma casta que los dos congregados en torno a la hoguera, sino que, además, pertenecía al gremio de los mancos, Tan repugnante era su aspecto, que hasta el saludo no pasaba en él de ser un gruñido inarticulado. De recia y colosal osamenta, alto, consumido rostro de muerto y demacración cadaverina, ni aun el lápiz de Doré ha concebido un monstruo semejante en los momentos de pesadilla o delirio. La boca desdentada, de finos labios, era un grieta cruzada por el gancho de la nariz curva y larga, de pico de buitre, que casi venia a besarse con el afilado mentón. La mano era una garra: los ojos, fijos, rebosaban de amarga acrimonia, pálidos, fríos, inmunes a la piedad y sordos a la misericordia. Su sola presencia exhalaba un frío penetrante en el alma; por eso «el Patillas» y «el Gordo», instintivamente, se arrimaron como si buscasen la mutua protección contra la amenaza tácita del recién llegado. El «Patillas» deslizó sigilosamente la mano hacía una piedra de unos tres kilos de peso, por sí fuera menester fiar en ella su amparo. El «Gordo» repitió la suerte, Uno y otro se mordían los labios, cobardemente turbados frente al de los ojos inmóviles, que les observó alternamente, primero al uno, luego al otro, y por último a las sendas piedras en que ambos habían cifrado su esperanza.

-¡Uf! -gruñó aquél con tan espantoso ademán amenazador, que «el Patillas» y «el

Gordo» asieron amedrentados los primitivos proyectiles del hombre cavernario.

-¡Uf! -repitió el otro introduciendo rápidamente la garra en el bolsillo del gabán-. Como alguno haga ademán de apedrear me, le abro la cabeza,

Y extrajo del bolsillo una palanca de hierro.

-Nosotros no buscamos pelea, «Seco» -tartamudeó «el Gordo».

-¿Quién eres tú para llamarme «Seco»? -bramó el otro.

-¿Quién? ¿Yo? Todos me conocen por el «el Gordo», Nunca te vi, ni…

-Y me parece que este puerco es «el Patillas», con sus ojos de borracho en día de fiesta, y con esa nariz que se ríe de su propia cara.

-Y puede que se ría, Y puede que si -rumoreó «el Patillas» de mal talante,

-Desde que tengo uso de razón que lo oigo, Todos repiten el mismo disco, Ya sé que si me pesca una lluvia sin paraguas me voy a ahogar por la ventana de la nariz, y que por aquí se me cuela el relente y todas las demás zarandajas,

-No tengo costumbre de hacerte compañía. Me molesta el, verte -gruñó «el Seco»-, Así que, si quieres burlarte de los que te acompañan, fíjate con quién tratas, que no soy hombre de muchas bromas.

Sacó del bolsillo una colilla de puro y se dispuso a introducirla en la boca para masticar; luego, como si cambiara de propósito, miró a sus camaradas y desatando el correspondiente hato sacó una botella de alki.

-Bueno -añadió-, Supongo que no creeréis que voy a convidaros, cuando apenas si tengo lo que me hace falta, No me voy a morir de sed por vosotros.

Y como los otros, levantando los sombreros, le mostraron sus recipientes rebosantes de bebida, chispeó en los ojos fríos del «Seco» una lucecita de tierno reblandecimiento.

-Aquí tienes agua para la mezcla -dijo «el Patillas», ofreciendo su ¡ata de conserva llena de gachas del río-, Acabo de llenarla ahora mismo. No es demasiado limpia, pero...

-¡Uf! -interrumpió «el Seco», relamiéndose los labios, en tanto que mezclaba el brevaje-. Yo he bebido cosas peores y no se me han secado las tripas.

Y cuando todo estaba listo, en alto las latas que brindaban el alki vivificador, aquellas tres cosas que fueron hombres vacilaron, como si alguna vieja costumbre les hiciera sentir cierto eco de vergüenza. El «Patillas» fue el primero en manifestar sus sen-

timientos, diciendo:

-Ahí donde me veis, he asistido muchas veces a francachelas de muy fina condición, He bebido en copas de Bohemia.

-Sí; como esa de latón que tienes en la mano… -añadió, burlón «el Seco».

-En copas de Bohemia con asidero de plata.

El «Seco» volvió el rostro al «Gordo» en ademán de interrogante desconfianza.

El «Gordo» asintió con un movimiento de cabeza.

-Puede ser, En las Batuecas, que es donde viven los tontos -interpretó ,el Seco»-. En las islas de San Balanderán, debajo del mar.

-Encima, más bien, Has de saber que yo siempre viajaba en el mejor camarote de los grandes trasatlánticos -añadió a su vez «el Gordo».

-¿Y tú? -preguntó «el Patillas» al «Seco».

-Yo he alzado mi copa a la salud de la reina, que Dios guarde -repuso «el Seco» solemnemente, sin mueca ni gesto de mofa en el rostro.

-¿Pero dónde? ¿En la despensa? -insinuó «el Gordo».

Simultáneamente alargó «el Seco» la garra en busca de la palanca de hierro, y los otros dos recurrieron a las piedras respectivas.

-Ahora no nos toques el puntillo de la honra -dijo «el Gordo» dejando caer su arma arrojadiza-, Nosotros no somos hez ni calaña, Somos caballeros, Bebamos correctamente, como conviene a nuestra condición.

-Bebamos -aprobó «el Patillas».

-Es verdad; no nos dejemos arrastrar por pasioncillas -asintió a su vez «el Seco»-, Cierto es que mucho han destilado los grifos de la bodega desde que perdimos nuestra hidalguía, Pero olvidemos la ruta larga por donde hemos viajado y libemos nuestra dosis a la manera de los distinguidos caballeros que fuimos durante nuestra juventud.

Luego que hubieron terminado todos el contenido de sendas botellas, extrajeron otras de entre sus harapos, Reblandecidos e iluminados ya los cerebros, la conversación se había llenado de modismos soeces, como si arrancaran de sus labios el vocabulario bajuno de la chusma encanallada.

-Es mi naturaleza, mi constitución robusta -explicaba «el Patillas»-, Pocos hombres

hay capaces de pasar por donde yo y de vivir todavía para relatar su historia. Y bueno es advertir que jamás cuidé de mi salud. Si fueran verdad los apotegmas de moralistas y fisiólogos, habría muerto hace muchos años. Creo que a vosotros os acontece lo mismo. Aquí estamos, a nuestra avanzada edad, haciendo jarana como los jóvenes no osarían; durmiendo al relente, yaciendo en el suelo, sin abrigo alguno que nos guarde contra fríos y escarchas, lluvias o tormentas, y sin temor de sufrir los efectos de la pulmonía o del reumatismo, que á otros más jóvenes les obligan á inclinar las espaldas en los catres del hospital.

Comenzó á preparar su segunda ración de alki, en vista de lo cuál tomó «el Gordo» la vez.

-Y hasta nos quedan sus pizcas de donaire, Y un hablar de corazones dulces y tiernos, Hemos mendigado y surcamos las aguas del mar, como diría Kipling.

-Según vinieron los tiempos -completó «el Seco» terminando la frase del poeta.

-Así es -confirmó «el Gordo»-. Y hemos recibido, yo por lo menos, el amor de una princesa.

-Relátanos- tu historia -dijo «el Patillas»-. La noche tiene velo de joven casta. ¿Por qué no hemos de bogar, en alas de nuestro recuerdo, hacia los acantilados de coral e introducirnos bajo la techumbre de los palacios reales?

No hallando inconveniente en asentir á la proposición del camarada, «el Gordo» tartajeó para aclarar la garganta, rebuscando en la imaginación el comienzo más apropiado y digno de su narración.

--Preciso es que se repare en mi digno linaje, Percival Delaney no fue desconocido un tiempo en Oxford; y no precisamente por su erudición, justo es confesarlo, sino por su alegre condición de que todavía guardarán memoria los divertidos cacho rros de aquellos días, si es que no han muerto…

-Mi linaje se enlaza con el Conquistador -interrumpió «e! Patillas», tendiendo hacia la del «Gordo»», su propia mane, dándose á conocer.

-¿El nombre? -interrumpió éste-. No me parece que pueda precisarlo.

-Delarouse, Chauncey Delarouse, Creo que no cede en calidad ante ninguno.

Entonces ambos vagabundos se estrecharon las manos en un cálido apretón y

volvieron los ojos hacia «el Seco».

-Y el vuestro... incitó «el Gordo».

-Bruce Cadogan Cavendish -gruñó de mal grado «el Seco-. Ahora sigue tú, Percival, con tu princesa y con las techumbres reales…

-¡Oh! Era yo un mozo excéntrico y travieso -comenzó Percival-. Sobre todo desde que abandoné la placidez del hogar, para manifestar por el mundo mi afición y aptitud de hombre deporti- vo, Y bueno es recordar mi elegante figura, mi forma distinguida, de que no dan indicio las ruinas presentes. En el polo y en el boxeo, en las carreras de obstáculos y en la natación, destacaba mi vigor de hombre fuerte y joven. Me concedieron en Australia varias medallas cuándo concurrí a los saltos que llaman de gamo, y batí varios records de natación en carreras de media milla en adelante, Las mujeres, á mi paso, se volvían para contemplarme. ¡Oh, las mujeres! ¡Dios las bendiga!

Y «el Gordo», por otro nombre Percival Delaney, grotesca máscara de hombre, posó los labios fofos y carnosos en la mano bulbosa para lanzar el chasquido de un beso á la bóveda estrellada del cielo.

-¡Y la princesa! -resumió con otro beso sideral-, Era tan perfecta para mujer su figura, como varonil y apuesta la mía, Altos sus pensamientos, valiente, despreocupada y diablesca, ¡Oh, Señor! En el agua parecía una sirena, hija del Océano y diosa del mar, Luego, si pasamos á considerar su linaje, yo ve nía á ser, comparado con ella, un advenedizo, porque la línea regia de sus ascendientes se perdía en las nieblas de los remotos tiempos,

-No pertenecía á la raza de la plebe rubia y blanca, No; era la suya una piel atezada de oro, áureos sus ojos y negras e irisa-

das de azul las trenzas de sus cabellos, que, como una ola dé ondulaciones y rizos, se desparramaban sobre su forma gentil hasta las rodillas, Ya sabéis el encanto que pone en los cabellos de la mujer esa inclinación a dibujar ondas y zarcillos, Tanto ella como su luenga prosapia, no tenían la cabeza ensortijada y crespa. Era, en fin, una princesita polinesia, luminosa, real, aurea, hechicera y digna de que se concentrasen en ella todos los amores.

Una vez más interrumpió su discurso para besar la palma de la mano en memoria de

aquella mujer, Y «el Seco», por otro nombre Bruce Cadogan Cavendish, aprovechó la pausa para interrumpir:

-Aunque dices que no brillaste mucho en las disciplinas de Oxford tu vocabulario tiene destellos de exquisita erudición.

-Y en los mares del Sur recogí una guirnalda de voces, entresacadas del Diccionario del Amor -se apresuró a rectificar Percival-. Acaeció todo esto en la isla de Talofa -prosiguió-, que quiere decir amor, la isla del Amor, donde ella encontró su cuna y su nido. Su padre el rey, ya anciano, pasaba la vida sobre una esterilla, inmóvil, porque así lo imponía la parálisis de las rodillas, y bebía ginebra día y noche para aliviar, según él, sus dolores. Era mi princesa el único brote del árbol real, porque su único hermano había muerto viniendo de Samoa con su chalupa, arrebatado por el huracán. Entre los polinesios, las mujeres de sangre real tienen los mismos derechos que los varones para encarnar el Imperio. Aún más, los naturales suelen trazar sus genealogías siguiendo la línea de la ascendencia femenina.

Chauncey Delarouse y Bruce Cadogan Cavendish asintieron con una inclinación de cabeza a la veracidad de las últimas palabras.

-¡Oh! -dijo Percival-, ya veo que ambos conocéis los mares

del Sur, En vista de ello, creo que apreciaréis mejor todos los hechizos de mi princesa, la de Tui-nui de Talofa, la princesa de la isla del Amor, sin que por mi parte haya de recurrir a pródiga abundancia de vocablos.

Envióla un beso, sorbió del bote de leche condensada un trago del preparado alcohólico, capaz de enderezar a un muerto, y depositó otro beso de gratitud en la palma de la mano.

-Engatusadora y cariñosa, revoloteaba como un pájaro inquieto cerca de mí, sin ponerse jamás a mi alcance. Cuando yo extendía el brazo para asirla, se desvanecía entre mis manos como una sombra. Gusté entonces como nunca las mil angustias caras y deliciosas del amor frustrado; nunca macilento, porque la diosa del amor avivaba los rescoldos y aventaba la hoguera.

-¡Escogidas palabras! -musitó Cadogan Cavendish al oído de Chauncey Delarouse, auditores ambos de la narración,

Pero Percival Delaney no estaba para admitir interrupciones. Besó la manaza fofa, depositando en el azul del cielo el cálido beso de su amor, y prosiguió, más entusiasmado todavía.

-Cuántas agonías dulces, cuantos tiernos arrebatos se imaginen, todos llovieron pródigamente sobre mi corazón, rociados por los encantos de mi cara princesa. Presentábase ella como un señuelo delicioso de ingrávidas promesas, siempre allende mis alcances. Me condujo, en fin, por un dulce infierno de amor, que no pudiera imaginar ningún Dante enamorado. ¡Oh, aquellas noches lánguidas de los trópicos, al arrimo de las palmeras!

¡Oh, el rompiente lejano del mar que cantaba murmullos adormecedores de una misteriosa concha marina, cuando mi princesa parecía desleírse al calor de mis ansias y hacía vibrar el laud de sus risas, que parecían cuerdas de plata cesadas en cálices de flores de oro, para derretir mi amor en un bálsamo de imposibles locuras!...

Por vez primera parecía interesarla, cuando sostuve recio combate con los campeones de lucha de Talofa. Luego despertaron su atención mis proezas natatorias, y por último, cierta hazaña, que luego os referiré, me valió algo más que sus sonrisas juguetonas o sus timideces fingidas.

Pescábamos calamares aquel día, en las afueras de la sirte o arrecife. Ya sabéis vosotros el procedimiento. Se somorguja el pescador rozando la muralla del arrecife de coral, a cinco o diez brazas de profundidad, para hincar las varitas o bastoncitos entre las grietas roqueras donde los calamares forman sus cubiles. Las varitas suelen tener unos treinta centímetros de largas, están afiladas en punta por ambos extremos y se cogen por medio formando cruz con el brazo. El arte consiste en tentar a los perezosos animales para que se adhieran cerrando los tentáculos en torno al puño, la vara y el brazo.

Una vez asido, se remonta el pescador a la superficie, golpea al calamar en la cabeza, que es el centro de la forma, y lo lanza a la canoa que de propósito espera… ¡Y ahí en donde me veis, yo podía hacer tan ágiles maniobras!...

Percival Delaney se calló un momento, iluminado el rostro de botijo con un destello de horror, mientras evocaba la imagen de forma juvenil.

-Yo he sacado a flor de agua un calamar cuyos tentáculos tendrían unos dos metros de

longitud y para conseguirlo, tuve que bucear a quince metros y medio de profundidad. En otra ocasión, me hundí asido a una roca de coral, hasta treinta meyros por bajo de la superficie del mar, a fin de soltar un ancla enganchada, Sabia, en fin, lanzarme de espaldas al mar y describir el salto del ángel, desde veintitantos metros de altura, Yo...

-Basta, detente, cesa... advirtió Chauncey Delarouse con cierto dejo de impertinencia Háblanos de la princesa, que ella quien al evocarla, hace hervir todavía la sangre vieja. Casi me parece verla, ¿Era realmente tan hermosa como dices?

Percival Delaney chascó un beso para pronunciar la inefable afirmación.

-Ya os dije que era una sirena, una hija del mar, Sé que una vez, como se hundiera su goleta al ser sacudida por una doble racha de viento, se mantuvo nadando durante treinta y seis horas, hasta que la rescataron los buques de auxilio, Yo la he visto hundirse a veintitantos metros para sacar en cada mano una madreperla, Era una maravilla, y como mujer, sublime, excelsa, arrebatadora, ¡La diosa de los mares! ¡Oh, los cinceles de Fidías y de Praxiteles se hubieran honrado al perpetuar en mármoles su hermosura!

Aquel día habíamos salido al otro lado del arrecife para divertirnos. Yo desvanecía de amor. Loco, reconozco que estaba loco por ella, Juntos nos arrojábamos desde la canoa hacia las profundidades deliciosas, para empaparnos de color y de frescura; y ella me miraba, mientras nadábamos, tentalizándome con sus ojos iluminados, hasta soliviantar mi locura. Y por fin, lejos, en lo profundo, perdí el dominio de mi mismo y me lancé en pos de ella. Me esquivaba como una sirena, y en sus ojos y en su faz leía yo la risa y la burla. Huyó rápidamente. Estaba seguro de que la cogerla, por hallarme interpuesto entre la princesa y la superficie; pero se dejó sumergir hasta el fierro de arenas coralinas del fondo, lo revolvió con la varita de pescar calamares, y como suele hacerse para burlar a los tiburones, enturbió las aguas de suerte que no pude distinguir su figura cuando se deslizaba no muy lejos de mi, hacia la luz y el aire. Me precipité hacia la superficie, Allí estaba ella, asida ya a los bordes de la canoa, iluminada y risueña.

Supliqué, y casi estoy por decir que no fui despreciado. Pero por algo era princesa, cuyo amor no puede rendirse a cualquier requerimiento. Reclinó la mano sobre mi brazo y me obligó a que la escuchase. Jugaríamos, me dijo, a ver quien pescaba el calamar más grande y el más chico, y puesto que el precio de la victoria serian besos, ya podéis

imaginar como me zambulliría yo en seguida, con el alma hecha un ascua de oro.

Y no saqué entonces, ni pude jamás, en los años posteriores de mi vida, sacar ningún calamar. Estábamos a cinco brazas de profundidad, explorando la muralla del arrecife, al acecho de los huecos donde nuestras víctimas se recogían, cuando acaeció lo inesperado. Había encontrado yo un cubil e intentaba vaciarlo, cuando sentí la proximidad de algún monstruo enemigo. Volví el rostro. Allí estaba, a mi lado. Era un tiburón terrible, largo, fosforescentes los ojos como si fuesen estrellas ahogadas en el mar.

No muy lejos a la derecha, ella, mi princesa, tentaba en una grieta con la varita de pescar, y el tiburón se le acercaba sigilosamente, Invadió la totalidad de mi conciencia el relámpago de un solo pensamiento: era preciso que el tiburón no la mancillara, ¿Y quién era yo sino un amante loco, capaz de luchar y morir alegremente por la dama de mis pensamientos? Recordad que ella era la mujer ideal y yo un alma caldeada al resol de su hermosura.

Y sin ignorar el riesgo a que me exponía, arrojé contra los flancos del tiburón la vara en punta con que intentaba pescar los calamares. Así también, para llamar la atención de un viandante con quien nos cruzamos por la calle, solemos propinarle al pasar un codazo afectuoso. El monstruo se volvió hacia mi. Ya conocéis los mares del Sur. El tiburón, el devorador de hombres, el tigre de mar, como el oso pardo de Alaska, no deja rastro ni huella, ni rumor, por donde pasa. El combate se encarnizo bajo las olas del mar si combate puede llamarse aquella lucha inútil en que todas las ventajas estaban de una parte.

La princesa, ignorante de cuanto sucedía, pesco su calamar y remontóse a la superficie. El tigre de mar se arrojo sobre mí. Eludí su primer acometida, asiéndome con ambas manos a la nariz de la bestia, por encima de la bocaza de mil dientes abierta y amenazadora. El tiburón me machacaba contra el esquife de rocas afiladas, de suerte que aún conservo en todo el cuerpo las cicatrices de aquella jornada. Se me arrojaba encima cuantas veces quería salir a la superficie. Yo contenía las acometidas sujetándole por la nariz; pero mis pulmones iban agotando la reserva de aire y no podía mantenerme hundido. Habría escapado indemne, de no ser porque, al contener una de su acometidas, se me resbaló la mano derecha con tan mala fortuna que vino a introducirse hasta el codo

en la boca del animal. Cerráronse las mandíbulas. Ya sabéis como son los dientes del tiburón. Una vez entre ellos no hay esperanza de soltarse. Necesitan cerrarse hasta completar el bocado, pero no pueden atravesar los huesos duros. Así es que, desde el codo, resbalaron por encima de los huesos del brazo, dejándolos mondos y descarnados hasta la articulación de la muñeca, donde al fin se cerraron las mandíbulas enormes, cercenándome la mano derecha, que vino a ser el aperitivo del festín cercano.

Pero yo, que no estaba ocioso, le hinqué el pulgar de la mano izquierda en la órbita de uno de los ojos y se lo vacié con hábil maniobra. No por eso se detuvo el monstruo. El tufo de la carne le habia enloquecido, y con ardor de hambre perseguía el muñón sanguinolento de la muñeca cercana. Varias veces logré esquivarle. Luego atrapó una vez más el pobre brazo desgarrado e hincó la mandíbulas por debajo del hombro, resbalando sobre el húmero hasta la articulación del codo, en donde de nuevo se cerraron, dejando mondo el hueso, Yo entretanto, le salté el otro ojo son el pulgar de la mano ilesa.

Percival Delaney se encogió de hombros y resumió para dar fin a su historia:

-Desde lo alto de la canoa habían contemplado todos la lucha y se hacían lenguas encomiando mi hazaña. Aún hoy seguirán cantando la gesta heroica de mi mocedad. Y la princesa...

Hizo una pausa breve cuanto significativa y concluyó:

-La princesa se sacó conmigo... Pero la rueda de la Fortuna da muchas vueltas son el andar de los años; el torbellino de la suerte gira sin secar, y mientras las abarcas escalan los palacios, los coturnos de piel más brillante y fina descienden a las chozas hundidas en la miseria. Un buen día arribó a las costas un cañonero francés. Hoy, la isla del Amor es un reino conquistado de la Oceanía, regido por algún hijo de labriegos iletrado y ruin a quien los azares de la vida conviertieron en gendarme de la policía colonial, y...

Completó la sentencia y puso término a la narración hundiendo el rostro en la boca irregular del bote de leche condensada, para sorber ruidosamente el liquido corrosivo a entrecortados y rapidísimos tragos de hombre sediento e insaciable.

Hubo una pausa. Luego Chauncey Delarouse, por otro nombre «Patillas», emprendió la narración de su historia:

-Lejos de mi el alardear de alta cuna, para venir luego a sentarme aquí, junto a esta

hoguera, son semejantes... camaradas que el azar juntó en una hora. Sin embargo, preciso es confesar, que también yo fui un tiempo figura admirable de varón. Además debo añadir que fueron los caballos, con la excesiva indulgencia de mis padres, quienes me llevaron errante por el mundo, Podía permitirme todo género de abusos y libertades porque así lo autorizaba mi salud de hierro. Aquí me tenéis, con mis sesenta años a la espalda, y a lo largo del camino de mi vida he ido enterrando a muchos otros camaradas, tan diabólicos y calaveras como yo, pero impotentes para acompasarse a mi andadura. Conocí lo peor cuando era demasiado joven. Ahora me parece peor una sosa, lejana y vieja. Pero ¡Ay!, yo también gocé un tiempo, siquiera fuese breve, de lo mejor de la vida... Yo también besé la mano a la princesa de mi corazón. Asentaba su reino encantado en Polinesia, a unas mil millas o poco más al Sudeste de donde yace la isla del Amor, ha poco cantada por Delaney. Los naturales de las cercanías la llamaban Isla Alegre. Su propio nombre, el que le aplican sus habitantes, transmite delicada y precisamente la emoción de la tierra, porque traducido literalmente, significa «Isla de la Risa Serena». En el mapa podéis hallar el nombre de Manatomana, que, por error, le dieron los antiguos navegantes. La chusma de traficantes que infesta el Océano la llaman el Edén sin Adán, y los misioneros, durante algún tiempo, la apellidaron el Testimonio de Dios, tan grande había sido el triunfo que obtuvieron en la catequización de los indígenas, Para mi era y será siempre el rincón elegido del Paraíso.

Y era mi Paraíso, porque prestaba morada a mi princesa. Reinaba entonces allí Juan Asibeli Tungi, indígena de pura sangre, cuya ascendencia se remontaba al mas noble y antiguo tronco de los reyes isleños, y de aquí hasta Manua, primera patria del hombre primieval que habitara los mares del Sur, Juan el Apóstata solíamos llamarle, porque durante su larga vida había apostatado muchas veces. Convertido primeramente por los católicos, mandó derrocar los ídolos, rompió los tabúes, limpió el país de sacerdotes pertenecientes a la fe primitiva, ejecutó a varios de los más recalcitrantes y envió a todos los súbditos al arrimo protector de la Santa Madre Iglesia.

Más adelante sintió debilidad por los traficantes, quienes desarrollaron en él fe tan acendrada en el champaña, que perdió la gracia de Dios y embarcó a todos los frailes católicos hacia Nueva Zelanda. Secundaron la conducta del rey la mayoría de los

súbditos, y como vivieran sin religión durante aquel periodo de tiempo hasta la nueva conversión del monarca, reinó en la isla una era de Gran Licenciosidad, como clamaban los misioneros por todas las islas del mar del Sur, presentando a la de Juan el Apóstata como una nueva Babilonia, nido de pecados y cubil de tentaciones que concitaban la cólera del cielo.

Pero los comerciantes arruinaron a fuerza de champaña la buena digestión del rey, que al cabo de algunos años bebió una vez más de la pura fuente evangélica, esta vez de manos de los metodistas. Envió el pueblo a los templos, limpió las costas de traficantes, y de tal manera puso el veto a la chusma de medida y talega que no les permitía fumar de puertas afuera los domingos, y hasta multó con cien soberanos de oro a un rico comerciante por haber consentido baldear siendo sábado, día señalado para el descanso por el Señor, la cubierta de su nave.

Aquella fue la era de las Leyes Azules. Pero resultaba demasiado fuerte aquel rigor para la frágil naturaleza del rey Juan, quien al cabo optó por embarcar a los metodistas e inventar una religión de su propia cosecha, constituyéndose en Dios y centro de adoración. Algunos centenares de súbditos, que, más leales o más tozudos, siguieron fieles a los metodistas, fueron desterrados en masa a Samoa. En la invención del nuevo culto fue inspirado y asistido el rey Juan por los consejos de un renegado fidjiano. Así permanecieron las cosas durante unos cinco años; pero ya sea que se cansara de ser Dios, o ya que el fidjiano desapareciera en compañía de seis mil libras del tesoro real, lo cierto es que el rey Juan renegó de su divinidad y se acogió a los wesleyanos de la Segunda Reforma, convirtiendo consigo a todo su pueblo. El adalid de los misioneros se transformó en primer ministro, quien , cómo primera medida de gobierno, amonestó a la chusma de comerciantes y gentes de media talega. En resumidas cuentas, los comerciantes decidieron boicotear el reino, de suerte que las rentas reales disminuyeron a cero y el pueblo iba de mal en peor, camino de una bancarrota inminente. El rey Juan no podía obtener ni el mas miserable crédito a usura de cualquiera de sus poderosos caciques.

Ya por entonces iba haciéndose viejo, filósofo, tolerante y atávico en materias religiosas. Expulsó a fuego a los wesleyanos de la Segunda Reforma, llamó a los

desterrados de Samoa, invitó a los comerciantes y armó una fiesta general del amor y de la alegría. Despojóse de escrúpulos, proclamó la libertad religiosa, promulgó las tarifas más altas, y por último, en cuanto a sí mismo, volvió al culto de sus antepasados, desenterrando los ídolos, observando los tabúes y reintegrando en sus dignidades a varios sacerdotes octogenarios de la religión primitiva, Todo lo cual pareció de perlas a los traficantes e hizo cundir en el país la prosperidad y la abundancia, Sin embargo, algún que otro pequeño cultivo de católicos, metodistas y wesleyanos, permaneció fiel a su religión respectiva y mantuvo, como Dios le diera a entender, alguna que otra iglesuca pobre y escuálida. Al rey Juan no le preocupaban mayor cosa ni aquellas congregaciones de fieles ni las componendas de los comerciantes que ellos llamaban negocios. Todo le parecía bien con tal de que le pagaran unos y otros los impuestos. Y cuando la reina Mamare, su esposa, decidió convertirse a la fe de los anabaptistas, gracias a los santos requerimientos de un misionero viejecito y espiritado, el rey Juan no puso obstáculo alguno a la decisión de su mujer, con tal (y en esto si que era taxativa y clara su firmeza) que aquellos devaneos religiosos no sacasen ni un cuarto de los cofres reales. Las religiosas habían de sustentarse y mantenerse a si propias; tal era la conclusión a que su larga vida le había conducido.

Y ahora el hilo de mi narración se enlaza y teje para bordar la idealización de la exquisitez femenina. Mi princesa...

El «Patillas» hizo una pausa, depositó suavemente en el suelo el bote de leche condensada con el cual había estado jugando caprichosamente al compás de sus palabras, y besó hacia las estrellas, con un chasquido sonoro, los dedos de la única mano.

-Era hija de la reina Mamare, Maravillosa y exquisita, tenia más de ángel etéreo e ingrávido que del tipo de Diana, tan abundante en Polinesia. Etérea e inmaculada, alada y pura, era casta y modesta como una violeta silvestre, frágil y esbelta como un lirio, luminosa como tina estrella. Sus ojos encendidos con una irradiación tierna y pudorosa, semejaban asfódelos en un trono de césped celestial. Era, en fin, toda flor, toda fuero, toda rocío. Tenia la suavidad de la rosa montanera, la compasión de la combra y la ternura de la paloma. Y lo mejor es que su bondad no desmerecía frente a tan inusitada hermosura. Continuaba fiel y devota de sus creencias y de la adoración de la madre, intro-

ducida por Ebenezer Naismith, el misionero anabaptista. Y su dulzura espiritual, cosecha en sazón del seno de Abraham, no velaba tampoco sus deliciosos encantos de mujer, Era mujer, toda una mujer, sensible hasta la última fibra de su cuerpo...

¿Y yo? Yo era la tierra inculta, el erial estéril de aquellas playas. Ni el salvaje me vencía en salvajismo, ni el astuto en astucia, ni el más avispado de aquella chusma de traficantes en picardía y destreza. Era también el único entre blancos o negros, morenos o mestizos, que osaba cruzar a oscuras el Paso de Kuni-kuni. Una noche lo atravesé bajo las sirtes en medio de una racha de viento. Bueno; es el caso que yo gozaba fama de malo en unas playas donde nadie tiene reputación de santo. Despreocupado, peligroso, nada me detenía, ni las más arduas travesuras, ni las más osadas riñas. Los capitanes de tráfico solían buscar en los recónditos agujeros del Pacífico hombrescubas, verdaderos prodigios en asuntos de bebida, para que compitieran conmigo. Recuerdo aún a cierto escocés de las Nuevas Hébridas, calcinado de sol, hombre rudo y gran bebedor. Murió de la borrachera. Nosotros embarcamos el cadáver en una pipa de ron y lo devolvimos al lugar de donde procedía. Ahí tenéis un botón de muestra para que deduzcáis las excentricidades y locuras que solíamos hacer en la playa de Manatomana.

Y entre las mil rarezas que yo hice en mis buenos tiempos, un día me bastó mirar a mi princesa para encontrarla buena y digna de mi más hondo amor. Así como lo cuento. Antes de conocerla era un loco, luego enloquecí de amor. Y reformé mi vida. ¡Pensadlo bien! ¡Reparad en lo que la contemplación de una mujer puede obrar en el alma de un vagabundo incorregible!... Y os juro por el rey Enrique que no cuento más que la pura verdad. Yo reformé mi vida. Yo asistí a la iglesia. Yo me convertí a la religión. ¡Oídme bien! Yo, en fin, esclarecí mi alma ante Dios y aparté las manos (que entonces tenía dos) del roce contaminador a que el trato de la chusma de la playa las exponía. Todos mis antiguos camaradas de extravíos y locuras rétanse entonces de mi; hasta se preguntaban qué nueva calaverada traería a vueltas de mi insólita religiosidad.

Y ya os digo que me consagré, con toda la sinceridad y pasión de que es capaz un alma humana, a una experiencia religiosa que, de entonces acá, me ha hecho tolerante para con todos los cultos y creencias. Despedí por inmoral a mi mejor capitán, me deshice de mi cocinero y no hubo en toda Manatomana hombre más honrado que yo. Con no

menor razón y justo juicio despaché al encargado de mis oficinas. Por primera vez en la historia del tráfico mercantil, se supo de barcos que bogaran hacia Poniente con las bodegas repletas de Biblias. Mandé edificar un pequeño bungalow de anacoreta en lo alto de la ciudad, en cierta calle, con alineaciones de mangos, junto a la casa ocupada por Ebenzer Naismith. En éste hallé mi camarada y amigo, en quien descubrí un tarro de miel, tanta era su bondad y dulzura. Era un hombre de cuerpo entero, y como tal murió mucho tiempo después, de la manera que de buen grado os narraría, si la historia no se fuese haciendo larga o si quedase poco de ella que contar.

Confieso en honor a la verdad, que era la princesa, más bien que el misionero, la verdadera responsable de que mi fe se manifestara en obras, especialmente en aquella obra cumbre de mi conversión, la Nueva Iglesia, Nuestra Iglesia, la de la reina madre.

-Nuestra pobre iglesia -me dijo una noche luego de haber rezado juntos las oraciones, cuando apenas si hacía quince días de mi conversión-, nuestra pobre iglesia es tan pequeña que nunca crecerá la congregación. La techumbre agrietada amenaza derrumbarse y mi padre el rey Juan (tan duro es su corazón) no quiere contribuir, con un céntimo, Sus tesoros aumentan de día en día. La isla no es pobre. Mucho dinero se gana y se dilapida en ella. Lo sé, a mis oídos llegan las habladurías y murmuraciones de las gentes salvajes de la playa. No hace todavía un mes que tú derrochaste en una noche, jugando a los naipes, más de lo que costaría sostener en pie durante un año nuestra iglesia.

Yo la confesé que era verdad cuanto decía; pero que todo eso había sido antes, cuando aún no había visto yo la luz. Había sufrido entonces una racha de mala suerte. Le dije también que ya no había bebido más licor, ni jugado a las cartas, ni andado en malas compañías. Le dije, por último, que el techo sería reparado en seguida por carpinteros cristianos, que ella misma seleccionaría de la congregación. Pero henchida la imaginación de mi princesa con el pensamiento de una gran restauración que pudiera ser predicada por Ebenezer Naismith (tan santo varón era), me habló de una gran iglesia, cautivándome con las siguientes palabras:

«-Eres rico, Muchas goletas y traficantes tuyos bogan hasta las más lejanas islas, Llegaron a mis oídos rumores del magnífico contrato que firmaste no ha mucho para

reclutar negros con destino a las plantaciones alemanas de Upolu. Dicen por ahí que, luego de Sweitzer, eres tú el más rico traficante de estos mares. Me he encariñado con el pensamiento de consagrar a la gloria de Dios una parte de tan cuantiosas riquezas. Sería una acción nobilísima. Yo me honraría en conocer al hombre que la realizara.

Contesté que Ebenezer Naismith predicara la gran restauración, porque yo mandaría levantar un templo capaz para albergarle.

-¿Tan grande como el templo católico? -me preguntó.

Se refería a la ruinosa catedral que fue edificada cuando la conversión global del pueblo a la fe romana. Era un edificio soberbio. Tan ardiente y abnegado era mi amor, que le ofrecí edificar un templo más amplio y grandioso que la antigua catedral.

-Pero costará mucho dinero -expliqué-. Y para reunirlo se requiere cierto tiempo.

-Tú nadas en la abundancia -me contestó-. Hay quien dice que tus tesoros empequeñecen a los de mi padre el rey.

-Tengo más crédito que él; esto es lo único cierto -le dije-. Tú no entiendes de cosas de dinero. Es preciso tener dinero para alcanzar crédito. Con lo que yo tengo de uno y de otro, trabajaré para aumentarlos, y la iglesia será construida, a fin de que se satisfaga tu deseo.

¡Oh, el trabajo! Yo mismo me sorprendía de la propia virtud. Mentira parece la enorme cantidad de tiempo de que dispone el hombre cuando da de lado a los devaneos, locuras, juegos, comilonas y diversiones estériles. Yo no malgastaba ni un solo segundo del tiempo que con la virtud había encontrado. Trabajaba a todas horas.

Seis hombres juntos no rendirían tanta labor útil. Me instituí en director de mis empresas, Mis capitanes comenzaron a hacer rutas más breves y provechosas que nunca, y mis sobrecargos se hubieron de preocupar de que las goletas no holgasen inútilmente por los puertos, ya que nada escapaba entonces a mi inspección escrupulosa.

¡Por el rey Enrique! ¡A qué grado de perfección alcanzaron mis bondades!

Eché una conciencia tan alquitarada y fina, que me pesaba no poco sobre los hombros al tener que cargar con ella dondequiera que se dirigieran mis pasos. Hasta repasé mis cuentas de antaño, y hube de pagar a Sweitzer cincuenta mil dólares que le había birlado en un negocio que tuvimos tres años atrás en las islas Fidji. Le aboné, sin que él lo

pidiera, hasta el último dólar, con sus intereses acumulados.

¡Qué manera de trabajar, santo cielo! Planté caña de azúcar. Fui el primero que comercio en Manotomana con este género de plantaciones. Hice venir de Malaita, que pertenece a las islas Salomón, numerosos cargamentos de negros, hasta que tuve a más de mil doscientos indígenas empleados en mis plantaciones. Envié con rumbo a Hawai una goleta en lastre para que me transportara un molino de azúcar e hice venir a un ingeniero alemán que, al decir de todos, sabía la última palabra en asuntos de exportación agrícola. Le pagaba la friolera de trescientos dólares mensuales. Yo me encargué, por mi parte, de la dirección del molino. Lo instalé con ayuda de algunos mecánicos que hice venir de las islas de la Reina.

Hora es de recordar que un rival poderoso se interponía entre mi amada y yo. Era Motomoe, cacique supremo, de sincera sangre, cuyo poder solo desmerecia ante el del rey Juan, Indígena de pura cepa, fornido y hermoso, solía mostrar su disgusto de manera harto terrible y pertinaz. Vio con ceño arrugado mi rondeo al palacio real. Púsose a investigar en mi pasada historia, y como resultado de sus pesquisas, comenzó a divulgar en torno a m¡ las más negras murmuraciones. Y lo peor del caso era que en el fondo decía la verdad. Hasta hizo expresamente un viaje a Apia para descubrir cosas... como si no hubiera abundante cosecha que recoger en la playa de Manatomana. Burlábase de mi tierno fervor religioso, de mi asistencia a las reuniones piadosas, y sobre todo, de mis plantaciones de azúcar. Por fin, un día me desafió, y me deshice de él como pude. Había querido romperme la cabeza. Ya veis; amaba a la princesa con un amor tan loco y arrebatado como el mío.

Solía ella tocar el piano. Yo también sabia ejecutar algunas obras pianísticas. No se lo revelé hasta que la hube oído tocar por vez primera. ¡La inocente niña creía tocar maravillosamente! Ya sabéis como suelen hacerlo las jóvenes colegialas, con ese mecánico «un, dos, tres», con ese tum-tum-tum monótono e insípido. Y aún he de revelaros otra cosa más admirable. ¡Llego a sonarme celestialmente su manera de tocar! ¡Las puertas del cielo se abrían de par en par a la contemplación de mi espíritu en cuanto ella posaba sobre las teclas sus dedos de nardo...! Todavía me veo, a la luz del recuerdo, agotado y desfalle cido por las luengas horas de fatigoso esfuerzo, yaciendo sobre las

esterillas en la azotea del palacio real! La contemplo sentada sobre el piano y la admiro con beatífica estulticia de enamorado. ¡Oh! Aquel enorgullecí miento, aquella vanidad suya era también el único defecto que velaba su virtuosidad angélica, y por eso, al humanizarla, al arrancarla por un instante de su divina excelsitud, la acercaba más a m¡, la ponía al alcance de mi corazón mancillado de hombre. Por eso, cuando tocaba ella su tum-tum-tum incoloro, me sentía yo remontar hacia el séptimo cielo de la bienaventuranza, desvanecíase como por ensalmo mi cansancio, y el bienestar físico y moral me templaba cuerpo y alma, transparente y sin mancilla como el amor de Dios. Y ya podéis suponerlo, en el arrebato de mi fantasía de enamorado, pensaba que Dios debía parecerse mucho a la hermosura de mi princesa...

Es lo natural, amigo Bruce Cadogan Cavendish, Burlaos si os place. Pero os aseguro que el amor no es ni ha sido nunca otra cosa. Todo cuanto os he descrito es eso: amor, la más real, la más pura, la más exquisita y acendrada hermosura de que puede gozar el hombre. Y yo he sentido el amor tal y como lo relato. He gozado de tan delicada hermosura.

Y el pobre «Patillas», destellando por su ojo de ardilla un re lámpago de luz, que fulgía, entre los párpados y ceja destrozada, como si fuera un carbón encendido en un rincón del bosque, hizo una pausa larga, para apurar la droga calmante del bote de leche condensada y para preparar otra mezcla.

La caña en aquellos climas tardaba en madurar cosa de dieciséis meses -dijo limpiándose con el revés de la mano la prodigiosa mata de cabellos que le embozaba el rostro-. Yo tenía ya presto el molino para proceder a la molienda, Naturalmente que no toda la plantación maduraba al mismo tiempo, porque ya tuve el buen cuidado de plantar ordenadamente, de suerte que el molino tuviese trabajo continuo.

Durante los primeros días no faltaron pesadumbres ni preocupaciones. Cuando no una cosa era otra la que me traía de cabeza. Al cuarto día de comenzada la molienda, ausentóse el ingeniero durante unas cuantas horas para atender a menesteres propios. Yo, en tanto, estaba preocupado con los rodillos del alimentador. Luego de que los negros derramaron por encima de los cilindros el crémor de calcio, les envié en auxilio de las patrullas de segadores. Me quedé solo junto al alimentador. Desde lo alto del molino,

Librodot

Ferguson, el mecánico, dio marcha a la maquinaria. Los cilindros no funcionaban bien y me tenían preocupado, como dije antes. Al fin di con la causa del mal funcionamiento. En aquel instante apareció ante mis ojos Motomoe, mi rival en amores.

Estaba allí, en pie, mofándose de mí, que cubierto de porquería y grasa parecía un humilde bracero más bien que un opulento propietario. Los cilindros estaban emblanquecidos por la cal. Una rendija que formaban me advirtió de que no habían sido, debidamente encajados. Por uno de los extremos trituraban bien la caña, en tanto que por el otro atravesaba sin ser molida. Tendí los dedos hacia la abertura sin tentar los grandes dientes de los cilindros. De súbito, como una garra de mil demonios, sentí que me asían por la punta de los dedos, que tiraban de m¡, que me trituraban. Como si fuera de caña, iban a machacarme en una masa de pulpa blanda. No había salvación posible. Ni diez mil caballos juntos que tirasen de mí lograrían libertarme de la garra férrea e insensible, Mano, brazo, hombro, cabeza y pecho, todo yo, en fin, estaba fatalmente sentenciado a cruzar hecho pulpa por el alimentador del molino.

El dolor me calaba hasta la médula del alma, tanto que, al fin, adormecido, llegué a no percibir sensación alguna. Y observé que nudillo a nudillo, coyuntura tras coyuntura, se iba moliendo la mano, la muñeca, el brazo, lentamente, con la serenidad de un movimiento mecánico.¡Oh, ingeniero, devorado por tu propia máquina! ¡Oh, molinero, triturado por tu propio molino!...

Motomoe, que al fin era hombre, aunque enemigo, se lanzó hacia adelante arrastrado por involuntario impulso, y la mueca de burla y desprecio que contorsionaba su semblante se trans- formó en un gesto de solicitud y espanto. Luego se percató de la hermosa ocasión que la fortuna le brindaba y prorrumpió en una carcajada brutal. No, yo no podía esperar nada de aquel hombre. ¿No había intentado un día machacarme la cabeza? Además, aunque así no fuera, ¿qué entendía de máquinas, para que pudiera intervenir favorablemente?

Grité, chillé, aullé con todas las fuerzas de mis pulmones llamando a Ferguson, pero el estruendo de la maquinaria ahogaba mi voz. Los cilindros habían devorado ya hasta el codo. A veces, al triturar algún nervio, sentía un dolor penetrante que me sacudía en un espasmo de horror. Recuerdo que cuando el dolor amenguaba me sorprendió la actitud de

Motomoe.

Conmovióse de pies a cabeza. «¡Soy un bestia!», rugió con un gruñido de odio hacia sí mismo, y se abalanzo sobre el cuchillo de cortar caña, largo y pesado como un machete, Pensé que iba a poner término a mi miseria e incliné la cabeza bajo el cuchillo, a agradeciendo la clemencia de mi enemigo. De otra suerte, mi dolor no tendría término hasta que la máquina me triturara la cabeza.

-¡Aparte la cabeza, idiota! -ladró de mal talante.

Entonces, comprendiendo mejor su designio, obedecí, Hubo de dar dos tajos brutales, porque yo era hombre robusto y corpulento; pero logró cercenarme el brazo a ras del hombro, y tirando de m¡ me arrojó sobre el montón de cañas.

Sí. El azúcar se pagó a enorme precio; pero yo levanté para mi princesa el templo de sus ensueños de santa, y ella... fue mi esposa.

Sació en parte su sed y prosiguió, para concluir la narración:

-¡Ay de mí! Jugó la fortuna con mi vida como niño veleidoso y tornadizo. Aquí me tenéis hoy, convertido en una máquina gastada, que ni el alcohol me quema las entrañas, tan hecho estoy a beberlo, ni otra cosa fuera del alcohol me vivifica y enternece. Y sin embargo he vivido, y desde aquí envío mis besos al polvo de mi princesa, que desde luengos años duerme sueño eterno en el mausoleo del rey Juan, túmulo de piedra que contempla, a través del valle de Manona, flotar al viento las banderas de un país extraño que coronan la Casa del Gobierno británico...

El «Gordo», haciendo suyas las emociones del camarada, brindóle un trago de su recipiente de latón, Bruce Cadogan Cavendish, en tanto, miraba con ojos de implacable amargura hacia la fulguración roja de la hoguera. Era hombre que prefería beber a solas, Por entre los finos labios de la boca entreabierta, aleteaba una sonrisa de mofa o escarnio, y habiéndole sorprendido el «Gordo», osó preguntarle una vez cerciorado de que tenía el pedrusco al alcance de la mano.

-Bueno, ¿Y vos no tenéis nada que narrar, amigo Caven dish? Os ha llegado el turno.

Alzó el otro los ojos fríos, secos, inmóviles, que se clavaron en el rostro del «Gordo» hasta enturbiarse con una sombra de disgusto.

-Yo he vivido una vida dura y brutal -contestó el «Seco» raspando las palabras-,

¿Cómo relatar páginas de amor que nunca he sentido?

-No es posible que un hombre de tu clase haya dejado de gozar alguna-le replicó el «Gordo»,

-¡Qué importa! -gruñó el «Seco»-. No veo por qué razón haya de alardear un caballero de haber logrado triunfos amorosos, No veo la razón.

-¡Oh! Prosigue, Sé un buen amigo de todos-aconsejó nuevamente el «Gordo»-, La noche se presenta dulce y plácida. Aún es pronto y nos queda bebida con que recrearnos. Delarouse y yo hemos contribuido con nuestro óbolo. No suele acontecer muchas veces que se reúnan tres hombres como nosotros para conversar de tan interesantes historias, Sin duda que tú también habrás gozado de alguna aventura de amor que puedas referir sin avergonzarte...

Bruce Cadogan Cavendish blandió la barra de hierro y pareció vacilar entre si le rompería o no la cabeza, Luego suspiró y dejó caer indolentemente el arma.

-Bien está, si as¡ os place -cedió al fin con manifiesto escrúpulo-. Como vosotros, tuve yo también una constitución privilegiada. Y si es en asuntos de bebida, puedo jurar que hubiera sido capaz de venceros a los dos juntos en vuestros mejores tiempos. Mis comienzos fueron harto distintos de la realidad presente. Nadie puede discutir que llevo encima la marca eterna de la caballerosidad, a no ser que alguno de vosotros osara...

Y diciendo y haciendo alargó la mano a la barra de hierro, Sus auditores no parecieron percatarse de la amenaza.

-Acaeció unas mil millas hacia el Oeste de Manatomana, en la isla de Tagalag -prosiguió el «Seco» con aire de melancólica extrañeza, como si le sorprendiera que los otros no hubiesen dudado de su alcurnia-. Mas antes debo deciros de qué manera vine a parar en Tagalag. Por razones que no es del caso mencionar, y por caminos de precipicio que no quiero describir, pero que en nada se parecen a las travesuras de los renegados de Oxford ni a las calaveradas de los aficionados a carreras de caballos, me hallé en plena mocedad dueño y señor de una goleta, tan bien conocida, que no mencionaremos su nombre, Solía dedicarme a reclutar negros de las islas que salpicaban el sudoeste del Pacifico o de los mares de Coral, para transportarlo a las plantaciones de Hawai, a las minas de nitratos de Chile o...

-Fuiste tú entonces quien asoló por completo la población de... estalló el «Gordo» antes de que pudiera detenerse a refrenar sus palabras.

Bruce Cadogan Cavendish, con la velocidad de un rayo, empuñó la barra de hierro, dispuesto a descargarla sobre la cabeza del impaciente.

-Prosigue -suspiró el «Gordo»-. He olvidado por completo lo que pensaba decir, Sin duda se me ha ido el santo al cielo.

-Abundaban en aquella ruta tierras caprichosamente brutales -dijo; e interrumpiendo de súbito la narración, exclamó-: ¿Tú has leído la historia del lobo de mar?

-Si, pero tú no eres el lobo -intervino el «Patillas», afirmando sin mucha certeza ni seguridad.

-Indudablemente que no-replicó el «Seco» con un gruñido-. El lobo de mar murió, ¿No es así? Y yo vivo todavía.

-¡Sin duda! ¡sin duda! -concedió el «Patillas»-. Un par de años atrás, cayó de cabeza al limo del fondo, desde el muelle de Victoria, y se ahogó.

-Como os iba diciendo... y no admito interrupciones -prosiguió Bruce Cadogan Cavendish-, abundaban en aquella tierra comarcas bestialmente caprichosas. Estuve en Taki-Tiki, isla baja que políticamente pertenece a las Salomón, pero geológicamente nada tiene que ver con este archipiélago, puesto que lo integran islas altas. Etnográficamente, corresponde a Polinesia, Melanesia y Micronesia, porque gravitaron hacía ella todas las razas del Pacífico a bordo de sus canoas, resultando de tan compleja mezcla de sangre una casta degenerada y extraña. Desde el punto de vista biológico, se hallan en la isla de TakiTiki los posos del hondo abismo humano. Yo conozco perfectamente el fondo de este abismo de que os hablo.

Trágicamente bestiales y caprichosas se deslizaban aquellas horas de mí vida, ya sacando a flor de agua conchas de mar, ya pescando, ora comerciando con argollas de hierro y hachas que vendía a cambio de copra y marfil vegetal, bien cazando negros o dedicándome a otros menesteres propios de semejante oficio. Para mejor inteligencia vuestra, os aclararé que las conchas de mar son el patrón monetario de los salvajes y que éstos se entienden con los reclutadores por medio de un inglés enrevesado y deforme que llaman por aquellas islas Béche-de-mer. Aún en el propio país de Fidji corrían entonces

tiempos duros para el Lotu, puesto que los caciques de las aldeas negras todavía solían comer «cerdo largo», esto es, devorar a los hombres blancos. Hacía el Oeste reinaba la fiereza más bestial y primitiva que pueda imaginarse. Era el país de los negritos de ensortijada cabeza, antropófagos desde el primero al último, con su jaek-pot rebosante de riquezas...

--¿Jack-pot has dicho? --preguntó el «Gordo».

Y en vista del ademán colérico que creyera advertir en el in terrumpído, añadió:

-Ten en cuenta que ni Delarouse ni yo hemos visitado jamás las islas del Oeste.

-Todos los antropófagos se dedican a la caza de cabezas, que son cotizadas a muy alto precio, sobre todo sí pertenecieron a hombre blanco. Suelen decorar con ellas las canoeras y las casas de los doctores brujos. Cada aldea salvaje circula su jack pot que todos contribuyen, y quien trae la cabeza de un blanco arrambla con la olla. Cuando transcurre algún tiempo sin que nadie traiga una cabeza, suele adquirir proporciones inusitadas el tesoro acumulado. Caprichosamente brutal, ¿no es así?

Yo lo sé bien. En cierta ocasión maté al piloto holandés que me acompañaba por las islas negras y obtuve para mí el jack-pot. Fue de la siguiente forma. Anclábamos entonces en Langaluí. Venía con nosotros a bordo un timonel negro, llamado Juanito, natural de Port Moresby, con quien convine la trama. Una noche cercenó la cabeza del piloto y huyó con ella tierra adentro, mientras yo simulaba perseguirle a tiros. A cambio de la cabeza le entregaron un magnífico jack-pot. Ni que decir tiene que al siguiente día envié en su busca un bote de desembarco, con dos de escolta, para que le guardaran las espaldas, en donde recogí al negro con su botín.

-¿Y cuánto importo la olla? -preguntó el «Patillas»-, He oído hablar de una que valió en Orla cerca de ochenta libras.

-Consistía en cuarenta cerdos rollizos -replicó el «Seco»-. Cada uno de los cuales valía una brazas de conchas marinas, que equivale a una libra, de suerte que la olla me vino a salir por unos doscientos dólares en carne de cerdo. Contenía además, noventa y ocho brazas de conchas, que en moneda cristiana equivalen a otras tantas libras y a poco menos de quinientos dólares. Dividí el botín en cuatro partes, de las cuales una correspondía a Juanito, otra al barco, la tercera para mí copio propietario del mismo y la cuarta para el

patrón, que también era yo, Juanito no se quejó nunca del reparto. En toda su vida no había poseído tantos dineros juntos. Además, le regalé un par de camisas viejas del piloto asesinado, cuya cabeza imagino que todavía ornará las paredes de alguna canoera.

-Entierro no muy cristiano, por cierto-observó el «Patillas».

-Pero muy lucrativo-replicó el «Seco»-. Él cuerpo del piloto sirvió de alimento a los tiburones, que no tuvieron ni para un bocado. Locura habría sido haberles arrojado una cabeza que valía más de ochocientos dólares.

Bueno; sea como fuere, lo cierto es que hacia el Poniente, se gastaban bromas tan grotescamente bestiales como esa. No os diré los aprietos que pasé en tierra de Taki-Tiki; sólo quiero relataros que me hice a la vela con doscientos negros para las plantaciones de Tierra de la Reina; pero como mi manera de reclutarlos no pareció demasiado católica a las autoridades británicas, y como dos cruceros peinaban el mar con la sana intención de, cazarme, hube de cambiar de rumbo y bogar hacia Poniente, para desembarcar el cargamento de esclavos en las plantaciones españolas de Bangar.

Era la estación de los tifones. La Merry Mist, que quiere decir «niebla jovial», era una goleta de recia y resistente armadura, o por lo menos así lo creí yo hasta el día en que el tifón nos sorprendió. No he visto jamás un mar semejante, La recia armadura se hizo añicos, Saltaron las vergas a un latigazo de mar, se hicieron astillas las casetas de cubierta, fueron arrancados de raíz barandillas y rieles, y comenzaron a ceder las planchas. Reparamos como el diablo nos diera a entender los restos de un bote, y a él nos confiamos, mientras que el mar daba al traste con la ruina de mi goleta. Arriamos el bote. Él carpintero y yo fuimos los últimos en saltar dentro. Éramos tan sólo cuatro hombres.

-¿Se perdieron todos los negros? -inquirió el «Patillas».

-Todos, Algunos se mantuvieron algún tiempo a flote; pero no creo que ninguno consiguiera ganar la orilla. Nosotros tardamos diez días en pisar tierra, bogando con el viento en popa durante casi todo el trayecto. ¡Qué pensáis que llevábamos a bordo en nuestra compañía? Botellas de ginebra y cajas de dinamita. Es gracioso, ¿no? ¡Oh! Por supuesto, llevábamos también un pequeño depósito de agua, carne seca y galleta; lo suficiente para sostenernos hasta Tagalag,

Ahora bien; Tagalag es la isla más desesperante del mundo. Brota del mar un cono

volcánico, cercenado por el cráter del volcán. Por una ruptura penetra el mar hasta el interior del cráter, formando un puerto natural verdaderamente hermoso. Y esto es todo. Ni un solo ser puebla la isla. Son escarpadas las pendientes interiores y exteriores del cráter. Dentro de éste, a un lado, existe una pequeña extensión cubierta por un centenar de palmeras. Nada más, si no es algún que otro insecto. Repito que ni un solo ser de cuatro patas, siquiera fuese ratón, puebla aquella tierra inhóspita. Con sus palmeras y todo, cosa sorprendente, no ha podido dar abrigo al cangrejo de los cocoteros. Tan sólo majales de salmonete que se acogen al abrigo del puerto, los más hermosos y rollizos que han visto mis ojos, ofrécense para sustento del náufrago

Y todos los cuatro desembarcamos en la pequeña playa, procediendo a levantar nuestra choza entre las palmeras, en donde depositamos la abundante carga de ginebra y dinamita, ¿No os causa risa? Es gracioso. Y así hubimos de pasar durante algún tiempo, a dieta de coco y ginebra. Ahora bien; yo no estoy tan enterado como Chauncey Delarouse en materias de religión, pero conservo alguna que otra idea primitiva, y con arreglo a ella, concibo el infierno a la manera de un bosque infinito de palmeras, henchido de cajas de ginebra y poblado por marineros náufragos, ¿No es gracioso? Hasta el diablo se desgañitaría riendo.

Aquel régimen de alimentación era para chiflar a cualquiera.

Como no podíamos digerir tanto coco, recurrimos a aplacar el hambre a fuerza de ginebra. Al cabo de dos semanas, un marinero holandés, por nombre Olaf, cuando tanto el que lo hizo como nosotros que le contemplamos estábamos rebosantes de alcohol, concibió una gran idea. Le vimos introducir un trozo de mecha en un cartucho de dinamita y acercarse después, tambaleando, hacia el bote.

Pensé que intentaba pescar algún salmonete para enriquecer la comida; pero el sol quemaba y no tenía ganas de moverme, esperé tumbado a que la suerte le favoreciera.

Media hora después oímos una detonación. Olaf no volvió nunca. Aguardamos hasta que el crepúsculo refrescara la temperatura para descender a la playa. Allí estaba el bote, integro, balanceándose al beso de la brisa tenue; pero Olaf había desaparecido. No volvió a comer coco jamás. Regresamos más desesperados que nunca hacia nuestras palmeras, donde el contenido de otra botella de ginebra nos sirvió de lenitivo.

Al siguiente día, anuncio el cocinero que prefería probar suerte con la dinamita, antes que permanecer eternamente a dieta de coco. No conocía como las gastaba la dinamita, pero estaba al cabo de la calle en lo que se refiere a la digestividad del coco. Le vimos coger un cartucho, introducir la mecha, apurar un par de tragos y alejarse hacia el exterior del cráter, con gran tranquilidad y sosiego.

Acaecieron las cosas lo mismo que el día anterior. Oímos la detonación. A la hora del crepúsculo nos acercamos hacia la playa, y en el bote recogimos los restos del cocinero, No eran muchos, pero suficientes para un funeral.

El carpintero y yo aguantamos aún dos días. Luego echamos a suertes y le toco a él el turno. Nos separamos con gruesas palabras por toma y daca unos tragos de ginebra; porque quería saciarse; yo, porque no le consentía tamaño desperdicio del preciado licor. Además, el carpintero llevaba en el cuerpo mas del que cabía, como lo proclamaban los tropiezos y eses que dibujaba al andar.

Acaeció lo mismo que en días anteriores, salvo que el maldito me dio más quehacer al enterrarle, porque solo había preparado medio cartucho. Al siguiente día me apresté para la prueba, luego de haber fortificado mi valor con suficiente ginebra, a fin de osar afrontar la dinamita. No preparé más que un tercio de cartucho, con la mecha breve, rajada en dos por el extremo, a fin de asir la cabeza del misto de seguridad. En esto emendé los procedimientos de mis camaradas. Ellos habían de utilizar mechas muy largas, de suerte que, cuando descubrieran un majal de salmonetes, habían de encender la mecha y esperar a que se quemara hasta el borde del cartucho antes de arrojarlo. Si lo arrojaban demasiado pronto, no reventarla en el instante de rozar con el agua, en tanto que al choque saldrían huyendo los peces atemorizados. ¡Extraordinaria sustancia es la dinamita! Hoy, a pesar de todo, continuo creyendo en la mayor excelencia y seguridad de mi procedimiento.

Al cabo de remar cosa de unos cinco minutos descubrí una tropa de peces, tan rollizos y tentadores que me escocía en la nariz el olor del asado. Ya estaba yo en pie, el fuego en una mano, el cartucho en la otra; de súbito me flaquearon las piernas, Acaso fue por culpa de la ginebra, tal vez la ansiedad, quizás el hambre; lo cierto es que me estremecí tembloroso, que por dos veces fallé al intentar encender la mecha, que al fin lo conseguí y

que observé deslizarse la llama a través del combustible.

No sé lo que harían los otros. Solo sé que, como quien muerde el fruto y arroja el tallo, así yo lancé el cartucho en dirección al lugar por donde plácidamente cruzaba el majal de salmonetes, y en compañía del cartucho salió por el aire el brazo que me falta...

EL «Seco» escudriñó la lata de conserva, y no encontrando en ella el agua que buscaba para la mezcla de alki, se puso en pie y acercóse a la margen del río.

-¡Ay! –dijo.

Al cabo de unos minutos estaba de vuelta. Mezcló la debida cantidad de agua fangosa con el alcohol, apuró un trago solitario y tendido y púsose a contemplar con ojos de amarga acrimonia las caprichosas fulguraciones de la hoguera.

-Bueno... -sugirió el «Gordo»-, ¿Y qué aconteció después?

-¡Oh! -replicó el «Seco»-. Luego, como es de suponer, la princesa se casó conmigo...

-Pero tú estabas solo. No existía princesa que lo valga... gritó bruscamente el «Patillas», para callarse después lleno de turbación.

El «Seco» miraba a la hoguera sin pestañear, como si los ojos estuviesen clavados en las llamas.

Percival Delaney y Chauncey Delarouse se miraron. Calladamente, en medio de un silencio solemne, se ayudaron mutuamente a empaquetar los respectivos hatillos con el único brazo que a cada cual le quedaba, y sin hacer ruido, hato al hombro, se alejaron del círculo de luz indecisa que, como un nimbo de radiación abierto en las tinieblas de la noche, circundaba la hoguera. Y hasta que hubieron trepado al terraplén del ferrocarril no cambiaron estas breves palabras:

-Un caballero no hubiese obrado de tal forma- dijo el «Patíllas».

-No, no hubiera obrado de tal forma un caballero -asintió el «Gordo».